Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 14

San José, Costa Rica 1923 Lunes 9 de julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



ALVARO OBREGON

Presidente de México

(Véase el artículo de la página 204)

Carta a la juventud de Colombia

México, D. F., 28 de mayo de 1923.

Sr. Germán Arciniega.

Apartado 491.

Bogotá, Colombia.

Muy estimado señor y amigo:

HE recibido su carta de abril último en que me comunica la próxima celebración de un Congreso de la juventud colombiana y me pide algunas palabras para tal ocasión. Su carta me ha conmovido no sólo porque me han recordado Uds., sino porque los hijos de esta época batalladora sentimos a menudo la necesidad de descansar el anhelo en quienes nos han de reemplazar mañana. Viendo tan corto lo que hoy se alcanza nos consuela mirar hacia los que pueden empujar el ideal, así que nosotros caigamos vencidos. Nadie puede explicar qué es lo que vienen a hacer sobre esta tierra maldita los millares de seres que nacen a diario para padecer y morir sin dejar huella. Las teorías de la vida como redención parecían irrefutables cuando el pensamiento se encerraba en la tribu y se creía que el cielo de la existencia planetaria abarcaba unos cuantos siglos, desde el génesis hasta el juicio final; pero de entonces a la fecha el espíritu humano ha creado otra Biblia en el conocimiento científico, fundado en el raciocinio, la observación y la experiencia, fuentes también divinas de sabiduría, y esta nueva Biblia nos habla de un planeta que ha tardado miles, acaso millones de años, en constituirse y de una sucesión de especies y de seres entre los cuales aparecemos nosotros como un instante asombroso, que fulgura brevemente para rodar en el abismo de los milenios. Ante esta concepción absurda y vasta ¿qué hemos de hacer sino aprovechar nuestro instante para ensancharlo en toda la plenitud de los tiempos; para prolongarlo, ya que es tan corto, en toda la extensión infinita? Todos vemos, unos confusamente, otros con clarividencia, que somos arrastrados por una corriente sombría que se ilumina a ratos con fulgor como de intuición divina. Lograr estos instantes de iluminación en que adivinamos una manera de escapar del ciclo absurdo, tal es la potencialidad más alta de nuestra naturaleza y el fin supremo de la vida. Pero si hemos de ejercitar nuestra conciencia ya sea para este objeto o para otro cualquiera, es necesario romper la modorra del cuerpo y la estupidez del ambiente. Para que el cuerpo no moleste se le satisface; para que el trabajo no robe toda nuestra energía se perfecciona nuestro dominio sobre la naturaleza, obligándola a que rinda frutos con poco esfuerzo; y para que la vida social se convierta en una colaboradora del espíritu, hay que reformarla a base de franqueza y de justicia, franqueza que descubre la realidad hasta lo más recóndito y justicia derivada no de las leyes que son fruto de las argucias de la mente, sino de la ley superior del corazón. De esta suerte, produciendo riqueza con el trabajo y repartiendo los bienes con equidad, se logrará que todos puedan dar su mendrugo al cuerpo, sin necesidad de vender el tesoro mayor del alma, que es el tiempo. La maldición de la vida colectiva resulta del contraste de la pereza de los que no trabajan y la esclavitud de los que trabajan tanto, que el trabajo material les consume la capacidad de la meditación y la alegría. Este es el estado de barbarie en que el mundo ha vivido hasta la fecha, pero precisamente se caracteriza nuestra época por un anhelo de redención universal y de dicha para todos, sin hipocresías y sin simulaciones. Desde que Tolstoy acabó con el mito del genio como caudillo, ya no buscan los pueblos ídolos qué enzalzar, sino injusticias qué corregir. El Quijote triunfa en el mundo; pero ha aprendido mucho en estos siglos de fracasos, y ahora ya no es el loco que mueve a risa, sino el caballero de la fuerza al servicio de la generosidad y de la inteligencia. El genio para nosotros no es el que arrebata para sí gloria o poder, sino el que derrocha saber o energía. Y nuestra época toda, quiere que sea universal todo lo que ha sido exclusivo: la dicha, el saber, el poder. Queremos además, que lo excelso se cumpla no sólo allá arriba, sino también aquí abajo, y tachamos de impostor a todo el que levanta impotente las manos al cielo, en vez de usar los puños para corregir la injusticia. ¿Pero dónde va a estar el centro de esta palingenesia próxima, a la vez humana y divina?

Los europeos con el pretexto de ambiciones nacionalistas, pero en realidad porque se han producido con exceso, seguirán destrozándose hasta que las matanzas y la emigración descongestionen de habitantes una tierra que llegó a dar más bocas que panes. Víctimas de una organización errada no podrán enseñarnos; se limitarán a invadirnos, proporcionándonos la savia de una humanidad nueva. La mezcla libre de razas y culturas, reproducirá en mayor escala y con mejores elementos el ensayo de universalismo que fracasó en Norte América. Allí fracasó porque se volvió norteamericanismo; aquí puede salvarse si la ductibilidad y la fuerza ibéricas ponen la base de un tipo realmente universal. La conciencia de esta misión late en todos los pueblos de la América Latina y da impulso al latino americanismo contemporáneo. Un moderno latino-americanismo muy distinto del pan-americanismo de Bolívar, porque el de entonces era un sueño político, en tanto que el de ahora es étnico. Bolívar quería una Liga de Naciones Americanas que no excluía a los Estados Unidos del Norte y acaso no comprendía al Brasil. Nosotros queremos la unión de los pueblos ibéricos sin excluir a España y comprendiendo expresamente al Brasil, y tenemos que excluir a los Estados Unidos no por odio, sino porque ellos representan otra expresión de la historia humana. Bolívar interpretando en grande las ideas de su tiempo, quiso una Liga de Naciones Americanas capaz de garantizar la libertad de todo el mundo. Esto mismo volvió a expresarlo, con menos grandeza, cien años más tarde, el doctrinarismo mediocre de Woodrow Wilson, cuando excitaba a las naciones americanas para que participasen en la guerra europea, con el fin de garantizar la «democracia en el mundo». A Bolívar no se le oyó porque no había llegado la hora; pero su ideal renace más preciso y más fuerte. A Wilson no se le escuchó porque los pueblos ibéricos saben lo que es la democracia en el país del dollar y tienen su propio ideal no meramente político, sino más bien místico, de dar expresión a cada raza conforme a su misión y su temperamento. Dentro del más generoso internacionalismo y reconociendo lealmente la universal capacidad de los hombres, queremos sin embargo, que los pueblos no sean despojados de sus caracteres espirituales propios, porque cada uno de ellos és como un camino distinto para la revelación de lo divino y nadie tiene derecho de suprimir uno solo de esos caminos. Creemos que es más importante para una raza, conservar su idiosincracia que su territorio, y por eso exigimos la emancipación espiritual por encima de la política. En este punto Bolívar no podía pensar como nosotros, acababa de sacudir el yugo español y llevado de un exceso natural de sentimiento, se inclinaba a simpatizar con el inglés, el ancestral enemigo de España y de la raza española; en cambio, ahora sentimos que vuelve a ser nuestro enemigo el que lo sea de España. Este retorno al sentido común ha sido muy lento a tal grado que todavía algunos pueblos de nuestro continente se ufanan de guerreros de la

independencia que eran irlandeses o escoceses, héroes y todo, pero al fin súbditos británicos, que peleaban de paso por el país americano, pero en realidad por atavismo de estirpe y porque libertando a la América Española se debilitaba a España y se agrandaba Inglaterra. La confusión de sentimientos no tiene nada de extraño, pues mal podemos depurar la historia cuando nuestras mismas ideas no han estado enteramente claras. A raíz de nuestra independencia nos salieron tutores, y la presión mental de Francia sirvió como ha servido casi siempre en la historia, para debilitar a los latinos y asegurar el triunfo de los ingleses. El nacionalismo francés, torpemente imitado, nos llevó a constituir patrias ajenas unas de otras y sin darnos cuenta, reemplazamos todo lo que tiene de más firme un pueblo, su tradición noble, sus parentescos raciales, su unidad histórica, por la vana palabrería importada con etiquetas extrañas. Así nos disgregamos,— hipnotizados con la primer tontería llegada de París, y todo esto lo hacíamos mientras la raza sajona llevada de un sabio instinto, se organizaba para constituir el «english speaking world» contemporáneo, dominador del planeta. El intento de conquista hecho por los ingleses en la Argentina y las usurpaciones de territorios consumados en Venezuela, en México, etc., sirvieron para recordarnos el peligro. Los cinco o seis mil ingleses aniquilados totalmente en Buenos Aires, nos hicieron ver que la patria no es un solo territorio y la libertad política, sino también y principalmente la estirpe, es decir, el tipo de cultura a que cada pueblo pertenece. La mera nacionalidad se forja en papeles; la estirpe la constituye la vida. La creación de las nacionalidades latino-americanas fué un caso de suicidio colectivo. Bolívar lo comprendió y para evitarlo empleó todos los recursos de su enorme ingenio; sin embargo, el egoísmo, las barreras naturales y el interés de las potencias extrañas fueron más fuertes. El interés de Inglaterra prefirió veinte clientes a uno solo. La vanidad de Francia no podía ver bien un gran pueblo delante del cual hubiera parecido la maestra un poco ridícula, pero consintió en mostrar cierta desdeñosa condescendencia para los veinte discípulos, como nosotros mismos dimos en llamarnos. Nos llegó todo lo extraño; los ingleses se apoderaron de nuestros mercados regalándonos teorías conforme a las cuales ellos son la raza superior y nosotros unos mestizos, capaces tal vez de aprender, pero mediante la obediencia y la imitación. Los franceses nos llenaron de cosas bonitas y llegaban a la Argentina para decir que aquel era el mejor país de la América porque se hallaba más cerca culturalmente de Francia y en seguida permitían que el peruano se afrancesara como discípulo predilecto, para gloriarse a renglón seguido de que todavía era más francés el Brasil; y todos estábamos de acuerdo en que.... el cerebro del mundo estaba en París. Los franceses en cambio opinaban concordes que el latino-americano era un infeliz. Y tenían razón, entregamos las riquezas y entregamos el alma, y como buenos descastados no hacíamos otra cosa que injuriar a España ensoberbecida—de nuestros amos nuevos, porque amos fueron - hasta en la protección o tolerancia que siempre prestaron a los déspotas que sabían favorecer sus intereses. Contémplese la Venezuela de hoy, feudo del último y más monstruoso de los tiranos, protegido de las compañías extranjeras que explotan el país, y se verá como en un espejo lo que en distintas épocas fueron la Argentina y el Ecuador y Guatemala y México. Nuestra independencia estuvo en el papel y nuestro decoro en el fango. Países de opereta trágica; razas bastardas, hemos sido los simios del mundo, porque habiendo renegado de casi todo lo propio, nos pusimos a imitar sin fe y sin esperanzas de crear. La guerra sostenido por Juárez contra los franceses inició la regeneración de México; otros países más afortunados se han ido regenerando por el esfuerzo ordenado de su propio desarrollo, y hemos llegado por fin al período decisivo en que vivimos, para escuchar que de uno a otro confín surge renovado el concepto boliviano, pero ahora mucho más profundo porque ya no busca la liga política para fines abstractos, sino la integración de una raza que llega al instante de su misión universal. ¡Dichosa la juventud latino-americana que llega a la vida cuando se sientan las bases de un nuevo período de la historia del mundo!

¡Pero cómo va a necesitar tesón y clarividencia para que no la ciegue el torbellino de los sucesos y para que los venidos de fuera no la desplacen de su papel interpretativo del aporte ajeno y unificador de la creación humana! Necesita sanear el ambiente para que la vida nueva se desarrolle vigorosa y libre; necesita acabar con el soldado y el clérigo, para que no sean otra vez influencias extrañas las que liberten. Necesita implantar la justicia para que no se produzca aquí una nueva barbarie sino una verdadera civilización.

Los que sólo ven hacia atrás, los que transigen con la injusticia y con la mentira, no podrán manejar el material humano que va a desbordarse sobre nosotros. Si la juventud no conquista el heroísmo que los tiempos reclaman, los recién venidos nos quitarán el papel de directores para hacer una cultura híbrida. La harán ellos si no la improvisamos nosotros; pero ellos pasarán años en adaptarse al nuevo ambiente y entretanto la civilización languidecerá o quedará destruída. En cambio, si la juventud de estos instantes toma sobre sus hombros la misión varonil, la victoria humana será gloriosa y rápida. Los extranjeros vendrán y quizás no en són de conquista; los trataremos bien porque son de noble sustancia humana y porque el abuso y la deslealtad no traen sino disolución y fracaso. Fraternalmente mejoraremos lo que se ha hecho antes, y el mundo se beneficiará con nuestro triunfo, y seremos la primera raza universal.

Confío mucho en ustedes, porque hay en Colombia un rancio espíritu castellano que obrará prodigios así que se sacuda la influencia clerical y el conservadorismo que han sido causa de decadencia en todos nuestros pueblos. El afán con que ustedes han cuidado la pureza del idioma es una garantía de que poseen ese orgullo propio sólo de las razas creadoras. Todo extranjerismo es fecundo si se le depura y organiza dentro del molde nativo, como lo hace el inglés y como lo hacía el español cuando era fuerte; en cambio, no hay caso más lamentable que el de toda nuestra América Española, empeñada durante un siglo en afrancesarse y anglicanizarse como si no hubiera en nuestra propia sangre materia capaz de redención y de esplendor. No es copiando modas y costumbres extrañas como se puede regenerar una raza, sino cortando de raíz los abusos que son la causa de nuestro atraso: la pereza y el prejuicio, el abuso económico y político. Por eso los jóvenes deben exigir mucho y tercamente. La inercia social recorta y aplana bastante todos los ideales para que ya desde que nacen salgan envilecidos por la conveniencia y amenguados por una falsa prudencia. Hay en el entusiasmo eficaz una especie de cálculo instintivo que nos lleva a pedir mucho para lograr aunque sea un poco. Reflexione la juventud que no es sólo haciendo discursos como se reforma el mundo, sino preparándose para llevar a la práctica todas las ideas que a nosotros nos parezcan buenas, aunque el resto de la sociedad las repruebe. La sociedad en que se vive generalmente representa lo que ya ha pasado; el espíritu, en cambio, vive en perpetuo mañana; su intención de conjunto nos hace ser hombre antiguo y hombre moderno, rejuvenecedor del presente y visionario del porvenir. Sólo rompiendo abiertamente con el medio contemporáneo podrán alcanzar progreso.

Los prejuicios sociales y la mala distribución de la riqueza hacen que entre nosotros no exista civilización. En México, en la Argentina y en Chile una cuantas familias son dueñas de toda la tierra y no la cultivan más que en parte y mantienen a sus colonos o arrendatarios en estado de vasallaje feudal. Probablemente lo mismo pasa en Colombia y en Perú y en todas partes. Hay que dividir la tierra para que todos tengan patria. El progreso demanda que se desenvaine la espada de Cristo contra todos los enemigos del bienestar general de los hombres. Y la juventud está en el deber de proclamarse aliada de Cristo. Para los jóvenes no puede haber dos partidos, para los jóvenes no hay más que un partido, el avanzado. Los jó-jóvenes que no sienten el impulso de la reinvindicación generosa e inmediata, no fundan patria ni conquistan gloria. Si son mediecros podrán gozar del mundo, pero llegarán al cielo sin una noble angustia, sin un ideal hecho pedazos. Nada importa, pues, el éxito inmediato, los tiempos son de lucha y los jóvenes colombianos no están solos en la cruzada moderna. Yo he visto la multitud estudiantil argentina en la Plata y en Córdoba proclamando libertad y justicia. Yo he oído los gritos ásperos, de noble afán contenido, de la juventud chilena; y los brasileros y los mexicanos y todos estamos unidos en el mismo empeño de mejorar la condición humana y el día que todos estos propósitos en manos de ustedes se vuelvan acción, el pasado se derrumbará para siempre.

Quedo de usted afectísimo amigo y atento seguro servidor,

José Vasconcelos

El Presidente Obregón y la situación de Mexico

Impresión personal del mandatario mexicano.—El hombre que acabó con la anarquía de su país.—La Reforma Agraria.—La Reforma Educacional.—La cuestión del Petróleo.—Hispanoamericanismo.

El General Obregón es varón de 40 años; tiene una fisonomía muy enérgica y da la impresión de un hombre fuerte a pesar de su brazo mutilado en el que lleva como el recuerdo lacerante de la revolución a la cual ha dado su propia sangre. Los ojos claros, llenos de inteligencia y vivacidad y la sonrisa franca quitan dureza a la fisonomía. Su palabra es fácil, sobria y tranquila. Expresa su pensamiento sin ambigüedad alguna, sin esconder sus convicciones, netas como las líneas de su semblante. Viste con una sencillez que llamaremos de presidente norteamericano porque en los de nuestra América, especialmente en los generales, no abunda esta virtud externa. Una ironía sana matiza su conversación, ironía muy de su raza, pero que está llena de cordialidad. En ningún momento de su charla aparece en el Presidente aquel General sin cultura y lleno de vanidad grotesca que Blasco Ibáñez inventó en su libro unilateral y sin hidalguía sobre México, obra—dicho sea de paso—, de sensacionalismo, hábilmente destinada al público de Nueva York, documentada en dos meses de residencia en la capital de un vasto país y en días desgraciados de gran agitación.

La cultura universitaria que el Presidente no adquirió, está reemplazada con creces por un sagaz espíritu intuitivo que le reconocen cuantos le tratan. Su caso es común en esta raza que Jacinto Benavente ha llamado la más inteligente de la América Española.

Su conversación sólo puede decepcionar a los extranjeros a quienes gusta hacer de la política un abanico de pavo real con metáforas tropicales y a los diplomáticos habituados a los Presidentes que no dicen nada, que esquivan todo concepto claro por una prudencia que linda con la cobardía o la estulticia. Hasta los norteamericanos que le tratan, cuando pueden hablar libres de la presión de su gobierno, declaran que les ha dejado una impresión de profunda honradez y de viril franqueza.

En su carácter dominan esa sinceridad y una energía a la cual debe México dos años de paz y del trabajo de reconstrucción más intenso y más violento que es dable concebir.

Lo que significa para el país la mano vigorosa de este hombre quebrantando la anarquía hasta las vértebras, buscando el orden para dignificar a México ante el extranjero y dar descanso a su raza dolorida y fatigada, es mucho, es tanto que si no hubiese hecho otra cosa en su gobierno que obtener esta tregua salvadora, tendría derecho por ese sólo título a la gratitud de sus gentes y a la consideración de los demás pueblos.

Pero ha hecho mucho más: ha iniciado en la América Nuestra la reforma agraria, que pasará seguramente a los otros países, depurándose de sus errores parciales, y ha hecho la reforma educacional más grande que ve nuestra raza desde los tiempos del gran Sarmiento hasta la fecha. Estima él que el problema de su país se resuelve con la cultura de sus doce millones de indígenas y con el mejoramiento material de los mismos. Piensa que la pequeña propiedad hará sentir al indio *la patria hecha madre de verdad;* el trabajo próspero le traerá el amor de la paz; quedará el indio incorporado con la pureza del sufragio a la vida política y con la posesión de la parcela de tierra, hará suyos los intereses económicos de la nación. Los Gobiernos españoles primero y los nacionales después, nunca procuraron *transformar al indio en ciudadano;* se perdieron así para esta labor de enorme urgencia cuatro siglos y en las reformas que ahora se verifican tiene que haber ese apresuramiento febril con que se realiza toda labor descuidada y que es cosa vital para un pueblo.

Por otra parte, en las exigencias de campesinos y obreros mexicanos sólo se ha vuelto más agudo el caso que hemos visto desarrollarse en Europa después de la gran guerra: los hombres que han peleado largos años, que han vivido el infierno de no tener hogar, de entregarlo todo, salud, familia, bienestar, a la lucha atroz, vuelven de los campamentos exigiendo, ya no justicia parcial, sino total; ya no reformas lentas, sino inmediatas.

Cuatro años de la guerra europea realizaron esta mudanza en los espíritus; diez años de revolución mexicana no han podido hacer menos. No hay sino aceptar los hechos consumados que son de una lógica absoluta y humana.

La cuestión agraria no había sido en nuestros países afrontada todavía; a México le ha correspondido el duro destino de empezar. Es tremendo aunque sea glorioso este privilegio de comenzar sin que pueda aprovecharse del tesoro de la experiencia ajena. La única que hay en esta cuestión es la europea y nunca nos cansaremos de decir que la experiencia de Europa rara vez sirve para la América, por tratarse de campos radicalmente diversos. Con la reforma agraria no sólo buscan los hombres de la revolución mexicana el cumplimiento de las promesas democráticas hechas al pueblo; buscan algo más: la mayor producción que es en todas partes el resultado de la división de la tierra; todavía esto no se alcanza en México, es verdad,

pero se alcanzará en cinco años o más.

Eso es lo que la revolución ha hecho por el campesino; la situación del obrero industrial ha mejorado notablemente y se discute un Código de Trabajo avanzado, pero sensato que contiene, este sí, la experiencia de otros países, cuajada en la legislación obrera de los últimos años.

De este modo responde el Gobierno de la revolución a las esperanzas que el pueblo puso en ella y rara vez se ve en nuestros países que los hombres elevados en nombre de ciertos principios democráticos rotundos, los cumplan al llegar al poder; tal consecuencia política es tan rara que con razón asombra a los vecinos que la miran con cierto estupor!

Las reformas netamente democráticas de esta administración han herido intereses de antiguo establecido. Es absolutamente necesario, al considerar este punto, detenerse en un hecho formidable y que lo domina todo: en una población de 16 millones de habitantes, entre los cuales 12 millones son indios, los intereses de la minoría privaron mientras no hubo sufragio popular efectivo; al iniciarse éste, la mayoría aplastante tenía que imponerse y de modo fundamental, arrolladora. En otras partes, en Chile, por ejemplo, la aristocracia y la clase media reunidas acaso puedan equilibrar numéricamente sus fuerzas con las del pueblo; y por lo tanto su criterio pueda sobreponerse por muchos años a las peticiones radicales de la masa trabajadora. En México no y, o se acepta el resultado presente que emana recto del régimen republicano que los países de origen español eligieron por tipo, o se cambia el régimen, cosa ya imposible en nuestro tiempo! No queda, pues, sino aceptar los sucesos que lógicamente han acaecido por este desequilibrio enorme que hay entre las tres clases.

En cuanto a la reforma educacional que verifica esta administración, es ella de tal trascendencia, realiza una síntesis tan admirable de las mejores ideas pedagógicas que dominan hoy en el mundo, que no ha podido menos que imponerse a la admiración del Continente. Lo que se destaca más vigorosamente en ella es su esfuerzo en favor de la enseñanza del indio, la preponderancia de la educación primaria sobre la universitaria y la índole radicalmente práctica con la que se busca hacer de México una nación industrial de primer orden. Así se podría detener, con la invasión económica, la invasión política. El movimiento educacional en México, el esfuerzo de cultura estupendo que significa un presupuesto aumentado en siete o diez veces, superior al de guerra, son cosas que hacen volverse con respeto a la Argentina, Brasil y Centro América, hacia el calumniado país en el que sólo se quería ver una especie de histerismo político, sin el sentido social y hondamente humano que toma en la agitación revolucionaria. Ojalá todos los pueblos se impusieran al respeto de los demás con una obra semejante; ojalá para la clasificación de valores de las naciones, una labor educacional de esta magnitud fuese más tomada en cuenta que el tonelaje de las naves de guerra.

Si este Presidente como lo diremos más adelante, no asiste a todas las reuniones diplomáticas, se le ve en cambio en cada inauguración de escuela, en cada acto cultural de importancia. Edificios escolares espléndidos se levantan en la capital y en los estados y serán la huella tangible de una *administración creadora* y de un Jefe al que podrá llamarse como a Sarmiento *Presidente civilizador*. Esto por sí solo destruirá las leyendas del militarismo de México, país que ni siquiera tiene servicio militar obligatorio.

Después de la cuestión agraria viene la cuestión del petróleo en la crítica amarga que se hace del Gobierno del Presidente Obregón.

La política económica de este régimen no es ni más ni menos nacionalista que la de Estados Unidos. Acaba la nación del Norte de dictar leyes tan rigurosas que llegan a aparecer prohibitivas, respecto a los industriales extranjeros. Desde los primeros años de su independencia, los Estados Unidos se trazaron una línea de proteccionismo industrial. México no hizo otro tanto en su primer siglo de vida libre, y el Gobierno del General Díaz, quizás por alentar la inversión de capitales extraños, fué lejos en sus franquicias. Hay que pensar también que la riqueza del petróleo no venía aún y que en torno de ella gira la serie de incidentes ingratos y trágicos en parte que se han suscitado desde que los pozos petroleros fueron descubiertos. Las dificultades con Estados Unidos se hacen agudas desde el nacimiento de tal industria en México. Se han agravado, como es natural, por los antecedentes dolorosos del odio justo que la guerra de Texas dejó en la lacerada nación mexicana hacia aquel país que, tras de una lucha breve, se anexó un tercio del territorio en medio del silencio cobarde de los otros países y con la sencillez con que se anexan cien kilómetros cuadrados!

Este Gobierno ha declarado la nacionalización del subsuelo en medio del escándalo de las Compañías Petroleras. Es cuestión vital para México, que hoy saca esa industria casi todo el presupuesto nacional. *Un pueblo tiene perfecto derecho a defender las cosas que han pasado a ser la fuente misma de su vida económica.*

La mejor prueba de que estas leyes no son exageradas es el hecho de que las compañías acaban de repartir dividendos enormes, casi fabulosos entre sus accionistas. Una mayor prosperidad de estas empresas ya significaría la entrega de la riqueza mexicana, y por la tanto, una ignorancia absoluta y torpe del criterio proteccionista que rige hoy en todos los países después de la gran guerra.

El Presidente habla sobre el conflicto de Estados Unidos y México sin una palabra de odio, pero con gran sentido, no sólo de dignidad nacional sino racial. El ve claramente que el quebrantamiento de su país ante la acción económica de Estados Unidos, que ya se ha consumado en la América Central y en las Antillas, sería fatal para los países del Sur. Esta actitud del Gobierno mexicano no puede ser apreciada todavía en toda su significación; cuando los países hermanos puedan mirarla nítidamente, en años más, sabrán ser justicieros hacia México y corresponderán con juicios diferentes de los que hoy tienen al fuerte y digno hermano.

El Hispanoamericanismo del Presidente Obregón es sincero. Colaboran en su administración hombres de todos nuestros países y especialmente de los de Centro América. Al hablar de hispanoamericanismo del Presidente me va citando uno a uno los nombres de los propagandistas de significación que tiene esta campaña con perfecto conocimiento de sus obras, desde Rodó a Manuel Ugarte y Blanco Fombona. El sentido práctico que es otra de las características suyas, le descubre a la doctrina su calidad de fruto de larga madurez. Las dolorosas experiencias que México ha recibido luchando solo, están en él muy vivas, pero es este un hombre de una inteligencia llena de nobleza, capaz de mirar hacia el futuro saltando las marañas del presente.

En su vida privada el Presidente Obregón es un hombre de claras virtudes morales, de sobriedad ejemplar. Vive con sencillez extrema, no en el castillo de Chapultepec propiamente dicho, sino en una casa anexa. Por el trabajo inmenso que significa la reconstrucción de un país de dilatadísimo territorio y dirigiendo él la labor de cada una de las Secretarías de Estado, se ha eximido casi de la vida social. Pertenece a esas nobles gentes de provincia de situación holgada, pero cuya sensatez las aleja de osten-

taciones ridículas. Una revolución lo exaltó a la Primera Magistratura, sin que el salto desquiciara su austero criterio de la vida.

Nada place más que ver a un hombre de nuestra raza en el cual no se cumple aquello del enloquecimiento que dan las situaciones elevadas cuando se llega a ellas bruscamente; nada atrae más que observar la severa línea de sencillez que sigue rigiendo la vida de este antiguo propietario rural convertido en Jefe de un país riquísimo.

Mi primera entrevista con el Presidente Obregón tuvo lugar hace ocho meses; pero yo he querido escribir mis impresiones sobre él después de orientarme un poco en la vida mexicana y oir diferentes apreciaciones sobre su Gobierno.

Hoy puedo sintetizar así sus características de mandatario: energía revolucionaria; sensatez de organizador; lealtad hacia la democracia que fué su bandera, y política hispanoamericanista de hombre fiel a su raza.

GABRIELA MISTRAL

Fin de semana

Sábado

Yo no he sentido nunca esta delicia
de las parejas pobres
que se paran a ver en los espejos
de los aparadores,
en las tardes del sábado, unas joyas
baratas y unas cuentas de colores...

¡Se aprietan uno al otro con un silencio
tan lleno de codicias interiores!
¡Forman, así, un conjunto tan sencillo,
tan natural, que se quisiera entonces
ser nada más un pobre
del brazo de otro pobre!...

Domingo

¡Domingos! Ese tedio sin remedio
de los domingos de los barrios ricos,
con sus calles vacías y esas palmas
cansadas de mecer sus abanicos.

Las tiendas son la vida de los barrios
y están cerradas los domingos...
Sólo los chicos que no van al cine
y que bailan en torno de un cilindro,
ponen algún rumor en esta calle...
¿Por qué no habrá trabajo los domingos?
Trabajo... Escuelas... Sí, algo: un pretexto
para seguir viviendo sin motivo...

JAIME TORRES BODET
(Mexicano)

(Del próximo tomo *Los Días*).

Caperucita Roja

(Fantasía escénica)

Segunda Parte

Habitación amplia, de techo bajo y oscuras vigas. Al fondo, frente a la escena, ancha ventana de vidrios pequeños. En un rincón, cama matrimonial, de columnas torneadas. En otro rincón la cama de Caperucita, con las cortinas de tela blanca, descorridas. Caperucita está acostada, enferma, sumida en sopor. A ratos tose. De afuera llega el ruido de la tempestad.

SEÑORA MARTINA.—(*Pasa la mano por la frente de la niña y mueve la cabeza, desconsolada*). Está que arde. ¡Hijita de mi corazón! Ya no sé qué hacerle. Si alguien se animara a ir en busca del médico... ¡Pero, quién se atrevería, con tal nevada, a atravesar de noche el bosque encantado!

LA MOLINERA.—¿Le dió Ud. melisa con miel? ¿Le puso la reliquia de cola de lagarto? ¿Le rezó la oración de Santa Gudula?

SEÑORA MARTINA.—¡Todo, todo le he hecho y la fiebre sigue y ni abre los ojitos de cielo la niña mía! Vea cómo tiene de encendidas las mejillas, señora Simona. Y no es ¡ay! por salud, sino que es color de mal.

(Va a arrodillarse ante la hornacina de la Virgen y se pone a rezar con fervor. La abuela deja el rosario y se aproxima a la cama, de cuya cabecera toma una palma bendita).

LA ABUELA.—Voy a vencerla. Quizás esté hechizada. La oí murmurar cosas raras... Habla de La Gigantona, del enano del bosque, del lobo... Sí, esta niña no está bien.

(Hace en el aire, lentamente, con la palma, la señal de la cruz sobre la cabeza de su nieta, mientras murmura las palabras del conjuro santo:

¡San Silvestre:
quítale el embrujo cueste lo que cueste!
¡Daga de San Galo:
húndete en los ojos dañosos del malo!
¡Santa Cunegunda:
haz, si es un hechizo, que en llamas se hunda!)

(Truena. Caperucita, inquieta, vuelve a toser y grita, entre la fiebre):

CAPERUCITA.—Lobo... Lobo...

SEÑORA MARTINA.—¡Pedazo de mi corazón! ¡Ah, si viniera el médico!

(El lobo asoma la cabeza por la rendija de la puerta, mira, escucha y desaparece. El perro gruñe).

LA MOLINERA.—¿No se animaría Juan el Bobo a ir hasta la aldea?

SEÑORA MARTINA.—¡Tiene Ud. razón!

(Toma un cuerno de encima del arca, abre la puerta y sopla tres veces. A lo lejos el eco repite el llamamiento. Luego entra).

SEÑORA MARTINA.—Así lo llamo siempre que lo necesito o que me sobra comida para darle. No tardará.

LA ABUELA.—Me parece haber visto, atisbando hacia adentro a través de los vidrios de la ventana, una gran cara blanca, muy rara...

SEÑORA MARTINA. — Cállese Ud. por favor, madre. Esto parece una pesadilla.

CAPERUCITA. — Agua... Gigan... tona...

(Ruido de zuecos. Se abre la puerta con violencia y entra Juan el Bobo).

JUAN EL BOBO.—¿Qué me tienes ahora, ñora Martina? ¿Chuletas de puerco? ¿Jamón con huevo? ¿Tortilla de cebolla? (*Se chupa los dedos*).

SEÑORA MARTINA. — No grites, bruto. ¿No ves que la niña está enferma?

JUAN EL BOBO.—(*Acercándose a la cama, de puntillas*). ¿Amita Caperucita está enferma? Ji... ji... ji... (*Gimotea*).

LA MOLINERA. — (*Empujándole*). ¿Quieres callarte, animal?

LA ABUELA.—El pobre quiere mucho a la niña y no sabe expresar su pena de otro modo.

SEÑORA MARTINA.—Juan, te daré una chaqueta de paño, un cesto de huevos y un cabrito si vas a la aldea a llamar al médico para que cure a Caperucita.

JUAN EL BOBO.—(*Rascándose la cabeza*). H... u... u... ¿Y el lobo? H... u... u... ¿Y la Gigantona? H... u... u... ¿Y Barba de Plata, que esconde trampas bajo la nieve? (*Con la cabeza y los brazos, balanceando exageradamente el cuerpo, de un lado a otro, hace signos negativos*). ¡Nooo...! Noooo!

SEÑORA MARTINA.—Se morirá mi hijita... ¡Ay, ay, ay!

LA ABUELA.—(*Llorando*). ¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¡Ay, ay, ay!

JUAN EL BOBO.— ¡Ay, ay, ay!

LA MOLINERA.—¿Tú no te acuerdas, Juan, cuando Caperucita te llevaba leche caliente a tu choza, el invierno pasado, que estuviste tan enfermo?

JUAN EL BOBO.—(*Rascándose la ca-*

beza). Yo iría... u... u... u... Pero ¿y el lobo? H... u... u...

SEÑORA MARTINA.—Anda, Juanito, anda, y antes de partir beberás vino caliente.

JUAN EL BOBO. — (*Relamiéndose*). ¿Me darás un jarro lleno, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—(*Con súbita esperanza*). Lleno, lleno, y con azúcar y canela, sí.

(Corre a la cocina y el Bobo la sigue con una bestial expresión de alegría en la cara).

JUAN EL BOBO.—Bien lleno, ñora Martina. Bien lleno, u... u... u...

(Ruido de loza. La abuela reza. La molinera hace calceta. Se oye el ruido de los árboles sacudidos por el viento. Caperucita murmura palabras entrecortadas):

—Bailemos la ronda... Gajo de Sauce... Quiero mi... dedal de oro.

(Señora Martina reaparece seguida por el Bobo, que chasquea la lengua).

SEÑORA MARTINA.—Bueno, Juanito, ve ahora y que el Señor te proteja.

(Toma de la hornacina de la Virgen una bolsita de cuero y se la cuelga a Juan en el cuello. Luego lo empuja hacia la puerta).

SEÑORA MARTINA.—Corre, hijo. Y, sobre todo, no te detengas en el camino ni acudas a ningún llamamiento que pueda ser una celada.

JUAN EL BOBO.—(*A punto de salir*). ¿Y me darás el cabrito, ñora Martina?

SEÑORA MARTINA.—Sí, hombre, sí; ya te lo he dicho.

JUAN EL BOBO.—¿Y el chaquetón de paño, ñora Martina?

LA MOLINERA.—¡Madre de Dios!

SEÑORA MARTINA.—Te lo daré, Juan. Pero vete, vete. (*Lo empuja*).

LA ABUELA.—(*Lo empuja también*). Corre, hijo, ¿no ves cómo está la niña?

JUAN EL BOBO.—(*Desde la puerta*). ¿Y me darás el cesto con huevos, ñora Martina?

LAS TRES MUJERES.—Si no vas pronto no tendrás nada.

—¡Pelmazo!

—¡Jesús, qué criatura!

(Juan el Bobo sale y la molinera pone la aldaba a la puerta).

LA MOLINERA.—¡Qué noche!... Al asomarme alcancé a ver, entre los árboles, una lucecita en la ventana de Gracia. Mis hijas velan, esperándome, seguro.

LA ABUELA.—Váyase Ud., señora Simona. De todos modos, nada más podemos hacerle mientras no venga maese Pedro.

(La molinera toma su calceta y canasta).

—No, no. ¿Ud. cree, abuela, que iba a estar tranquila? ¡La querida niñita, que tan cariñosa y buena es!

SEÑORA MARTINA.—(*Está sentada al lado de la cama, con la cabeza entre las manos, murmurando la oración de Santa Rita, patrona de imposibles*). Haced este milagro... Bienaventurada Rita... hija beata de Casia...

(Cuando termina su rezo queda un momento silenciosa. Luego murmura):

SEÑORA MARTINA.—¡Hijita de mi alma! Descalza iré hasta la ermita de la montaña, el día de Navidad, si cura pronto. ¡Así haya más nieve y más frío que esta noche! Y llevaré en la mano, encendido, un gran cirio que haré yo misma, con la mejor cera de mis colmenas!

(Ruido de cascabeles. Las tres se enderezan simultáneamente):

—¿Oís?...

—¿Oís?

—Cascabeles...

SEÑORA MARTINA.—Hacia aquí se acercan. Será el médico...

LA MOLINERA.—No puede ser. De ida y vuelta una hora se va. Y no hace quince minutos que salió el Bobo...

LA ABUELA.—(*Persignándose*). Cosas de encantamiento, hijas. No os mováis. Celadas del malo...

(Fuertes pasos y luego golpes en la puerta. Las mujeres se hacen la señal de la cruz).

VOZ DE AFUERA.—¡Abrid, con mil diablos! ¿Os habéis dormido?

LAS TRES A UN TIEMPO.—¡Maese Pedro!

(Señora Martina baja la aldaba y abre.)

EL MÉDICO.—(*Entrando*). ¿Qué os pasa? ¡Lindo está hacer aguardar al prójimo bajo tal nevada! Buenas noches.

TODAS.—Buenas, buenas noches.

(Deja el bastón junto a la pared y arroja sobre el arca la bufanda, la gorra y los guantes de lana).

EL MÉDICO.—¡Berr!

SEÑORA MARTINA.—¡Con qué rapidez llegó a vuestra casa Juan el Bobo y habéis venido vos, compadre Pedro!

EL MÉDICO.—(*Mirándola por encima de las gafas*). ¿Juan el Bobo? ¡Ni lo he visto! Hace media hora dormía yo a pierna suelta, bien calientito y arropado, cuando me despertó tal alboroto de golpes con el aldabón, que en seguida salté de la cama a tomar a Juan Sin Miedo (*señalando el bastón, grueso garrote de encina*). Abro la ventana y de abajo una voz ronca me grita:

—Corred, por favor, maese Pedro, que Caperucita Roja, la del otro lado del bosque, ha tomado un enfriamiento y está muy mala. ¡No os demoréis, maese Pedro, si no tal vez se muera la niñita! ¡Mi ahijada Caperucita enferma! Me vestí en un santiamén. Cuando bajé ya no estaba el mensajero. Subí de nuevo en busca del escapulario y el botiquín que había olvidado, torné a bajar, monté en la jaca que ya mi criado me tenía pronta... y ¡trás! ¡trás! ¡trás!... ¡a escape a través del bosque, silencioso y quieto como nunca! (*A la abuela*). A ver, abuela, hervid un poco de leche, que necesito calentarme las tripas. ¡Berr, qué noche!

(Restregándose las manos para entibiarlas se aproxima a la cama, palpa a la niña, le toma el pulso).

MAESE PEDRO.—¡Hum, buena calentura! Alcanzad el velón, señora molinera... Alumbrad bien... ¡Oy! ¡oy! ¡oy! De verdad está roja nuestra Caperucita. ¿No lo véis, santas mujeres? La pequeña tiene el sarampión brotado. ¡Oy! ¡oy! ¡oy! Se diría que nunca habéis tenido hijos.

SEÑORA MARTINA.—(*Llorando de gozo*). ¡Ay, compadre Pedro! Yo creí que mi Caperucita tenía pulmonía! ¿Y la tosécita? ¿Y la fiebre?

EL MÉDICO.—¿Dónde ha visto Ud., señora Martina, un sarampión espeso como éste, sin tos y sin fiebre? Dele en seguida una infusión fuerte de borraja y sauco con miel, luego arrópela, cosa que sude, y (*saca del bolsillo una cajita*) póngale Ud. en la boca una milagrosa pildorilla de estas. Están amasadas con trece hierbas diferentes, recogidas en la montaña a punto de media noche, el día de San Juan, cuando el valle brilla de fogatas y bailan mozos y mozas en torno de las hogueras... A eso deben su virtud especial. Y, además, tienen sangre de abubilla y grasa de puerquito de un mes... ¡Receta del propio Esculapio, mis señoras!

(Bebe la leche, se abriga y, ya desde la puerta, recomienda):

—Sobre todo, cuidado con las corrientes de aire y mantener la pieza caliente ¿eh? ¡Buenas noches!

(Se va maese Pedro y las mujeres, conversando alegres, se afanan por cumplir sus prescripciones).

—¡Me ha sacado un peso de encima del alma!

—Tengo que encenderle un cirio a Santa Ana.

—Alcanzadme la orcita de la miel...

—¡Ay! Qué bien hice en recoger bastante borraja fresca en la primavera.

—Una manta más... ¡Ajajá! Desaparece mi niña bajo el montón de mantas.

—Id a dormir, señora Simona.

—Sí, ahora sí... ¡El susto que nos ha dado la picarilla!

(Señora Simona toma su montón de tartán, se arropa bien, coge un farol encendido, inclínase sobre Caperucita, que ha tomado sus medicinas y ha vuelto a dormirse, y dice, riendo):

—Está del color de un cangrejillo cocido. ¿Dónde teníamos nosotros los ojos, que no lo veíamos? ¡Lo que es estar asustadas!

LA ABUELA.—¡Ay, Jesús!

SEÑORA MARTINA.—Hasta mañana, señora Molinera. No os demoréis más. ¡Ah, qué buena vecina sois!

SEÑORA SIMONA.—¿Queréis callar? Con lo que yo quiero a esta buena Caperucita... Bien, bien, hasta mañana.

(La molinera se va. La abuela se instala a la cabecera de la camita, con su inseparable rosario. Señora Martina da vueltas, poniendo algunas cosas en orden).

EN LA PUERTA.—¡Tan! ¡Tan! ¡Tan!

SEÑORA MARTINA.—¿Quién?

VOZ DE AFUERA.—Ya fuí, ñora Martina. Abrid que quiero mi chaquetón, mi cabrito y mi cesto de huevos.

SEÑORA MARTINA.—¡Hum, bueno!

(Abre la puerta y entra Juan el Bobo, cubierto de nieve, soplándose los dedos duros de frío).

SEÑORA MARTINA.—Cierra, hijo, que el aire de la noche puede dañar a la niña.

JUAN EL BOBO.—H... u... u... Maese Pedro ya vino... Hu... u... u... Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

SEÑORA MARTINA.—Bien ganados los tienes, Juanito, a pesar de que el médico no fué por tu llamamiento que vino. (*A la abuela*). ¿Quién sería el buen comedido, madre?

LA ABUELA.—Verdad... verdad... Ya lo sabremos mañana.

JUAN EL BOBO.—(*Que ha seguido su habitual balanceo de cuerpo*). Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

SEÑORA MARTINA.—¡Qué mareo! Mañana tendrás todo, hijo. ¿Cómo voy a ir al establo ahora, a buscarte el cabrito? Y el chaquetón está en el fondo del arca... Y los huevos los recogeré mañana...

JUAN EL BOBO.—(*Gimoteando*). ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Quiero mi chaquetón, mi cabrito y mi cesta de huevos, ñora Martina.

SEÑORA MARTINA.—(*Cruzando las manos, desesperada*). ¿Quién le hace comprender, ahora, que mañana sin falta tendrá todo?

JUAN EL BOBO.—¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! Quiero mi chaquetón, mi cabrito, mi cesta de huevos.

LA ABUELA.—Dale otro poco de vino caliente, hija, y que se vaya a dormir. Mañana, Juan, se te pagará lo prometido, no lo dudes. ¿No ves que es muy tarde y ahora duermen los animales y no hay huevos ni en el gallinero?

SEÑORA MARTINA.—Ven, bruto, beberás vino con azúcar y por la mañana ya tendrás el precio de tu viaje ¿eh? ¡Comprende, hombre!

JUAN EL BOBO.—(*Siguiéndola*). Un jarro lleno, ñora Martina. H... u... u.... Un jarro lleno, dame.

LA ABUELA.—En seguida que despaches al muchacho vete a dormir, hija, que demasiado caminas durante el día, y mañana tienes que amasar. Yo, que no sirvo para otra cosa, velaré a la niña.

(Tras un momento, todo queda en silencio. Señora Martina no tarda en roncar, cansada, en su cama, cuyas cortinas ha corrido. La abuela dormita. Caperucita, aquietada, tiene más regular la respiración. Afuera han callado el viento y los árboles).

Fin de la segunda parte.

JUANA DE IBARBOUROU

(En el próximo número, la tercera y última parte).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Epílogo

Sollozo de violines, rumores de comparsa;
ya se va del tablado la farsa bullanguera.
Pero el mundo la llama, pero el mundo la [espera
porque el mundo se aburre si no ríe la farsa.

Todos hemos gozado, todos hemos reído.
Hemos visto a los hombres haciendo de mu- [ñecos,
iluminar la vida por medio de embelecos
para dar a las almas un momento de olvido.

Si no hubiera el engaño ¿de qué valiera el mundo?
¿De qué la vida oscura sin luz de fantasía?
Verdad es el ensueño, verdad es la alegría...
Lo demás...es el viejo dolor de Segismundo.

La realidad existe porque el alma la crea;
en el fuego del alma se enciende toda lumbre;
para ella en esta vida no hay abismo ni [cumbre
porque el rayo divino en su luz centellea.

Hagamos pues que triunfen las almas armo- [niosas,
las que llenan la vida de músicas y cantos,
las que vencen el tedio y matan desencantos
y prefieren al oro un puñado de rosas.

Por eso va hacia el mundo la frágil caravana,
a continuar la farsa por todos los caminos;
alegres comediantes, juglares peregrinos
inundarán de flores las sendas del mañana.

Porque en sus ojos sueñan remotas esperanzas
porque vive en sus labios el madrigal galante,
salta un himno a la vida en la cuerda [vibrante...
en tanto pasa un vuelo lejano de añoranzas.

De lejanos violines llega el son errabundo...
Por calles y por plazas volará la armonía...
Verdad es el ensueño, verdad es la alegría...
Lo demás...es el viejo dolor de Segismundo...

HÉCTOR RIPA ALBERDI
(Argentino)

La Plata (Argentina).

Al caer de la tarde

Jardín.
Soledad.
Dulzura de crepúsculo
en la transeunte luz perdida en la penumbra.
En el rural arroyo un grávido rumor;
en el aire un arrullo de palomas,
las sonoras alondras de bronce del Angelus,
el ósculo postrero de la tarde
en los ojos de césped de los campos.
Callado el corazón; en mi alma, paz.

Todo, en redor, arcano pensamiento
olvidado en la mente de un arcángel.

Después, puntitas de llama en el cielo,
como en un delantal lleno de joyas.

Ay! la profunda sensación de que la tierra
corre en el espacio como aguja que va hilando
las hebras inmortales de mi vida en lo infinito.

ROBERTO BRENES MESÉN

Ag. 30, 1922

De los libros que nos llegan

(Indice)

Nociones de Higiene al alcance de los niños. Por RICARDO JIMÉNEZ NÚÑEZ, miembro del Real Colegio de Cirujanos de Inglaterra, Licenciado del Real Colegio de Medicina de Londres. San José, Costa Rica, 1923.

Pocas veces se ha escrito un libro en Costa Rica con más competencia, hondo y sentido patriotismo que los que se palpan en esta obra. Un gobierno preocupado debiera adquirir la edición y colocarla en las escuelas y colegios de la República, y hasta en los hogares de los pobres. Es un libro constructivo. Destacamos el siguiente capítulo:

CAPITULO X

SELECCIÓN HUMANA.—EUGENESIA O EUGENISMO

El poder de un pueblo depende de la condición moral, mental y física de los individuos que lo forman. Importa, en el más alto grado, la creación de hombres sanos, fuertes, de mente y moral elevados, no solamente para la dicha de los individuos mismos y de sus familias, sino también para la de las sociedades.

Proteger la vida de los niños, los hombres del porvenir, desde el triple aspecto moral, mental y físico, es, por consiguiente, el problema más importante de todos los que puedan interesar a un país. Prevenir la mortalidad infantil es luchar por el aumento de la población, del trabajo, de la riqueza y de la prosperidad de los pueblos.

Las causas generales de la mortalidad infantil son:

DEBILIDAD CONGÉNITA DE LOS NIÑOS.

IGNORANCIA DE LAS MADRES PARA CRIARLOS.

El principal medio de reducir la mortalidad infantil consiste en procurar que los niños *nazcan sanos y se conserven sanos*.

En la actualidad, las grandes naciones civilizadas se preocupan no solamente por la *higiene de los niños*, sino también por la *higiene de las futuras generaciones*.

LA EUGENESIA (procreación de buena calidad) es una ciencia de reciente investigación, que tiene por objeto *la aplicación práctica de las leyes de la herencia al mejoramiento de la raza humana*, del mismo modo que la *Fitotecnia* y la *Zootecnia*, se ocupan de la aplicación de las mismas leyes al mejoramiento de las especies vegetales y animales.

El punto de partida de la Eugenesia fué el descubrimiento hecho en 1865 por el fraile austriaco Juan Gregorio Mendel de las leyes a que se ha hecho referencia. La teoría que expuso, llamada *Mendelismo*, tiene por base *la ley de la herencia*, en virtud de la cual *los reproductores transmiten a sus descendientes, con más o menos certeza, sus caracteres propios*.

El mendelismo puede resumirse en las siguientes leyes:

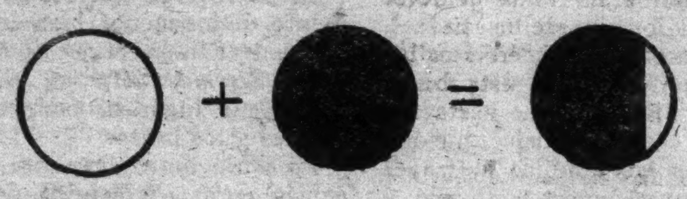
«De dos caracteres contrarios poseídos por dos razas que se cruzan, en *la híbrida* o *mestiza* sólo predomina uno u otro, pero no ambos. La peculiaridad que se manifiesta se llama *dominante*».

«En la segunda generación de mestizos, cada una de las dos cualidades de los abuelos aparecerá en distintos individuos en la siguiente proporción: las cualidades dominantes en un 75%; las cualidades latentes o *recesivas* en un 25%».

«De las 75 variedades que poseen las cualidades dominantes, 25 son puras y continúan produciendo variedades puras y 50 son mixtas cuya progenie consistirá en dominantes puras, dominantes mixtas y recesivas».

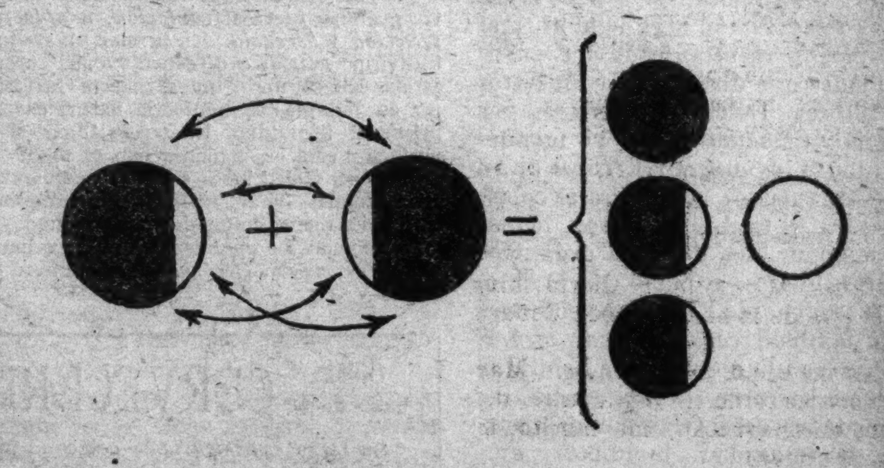
EJEMPLOS:

PRIMERA GENERACIÓN (cruzamiento entre un blanco y un negro).



Elemento blanco o recesivo — Elemento negro o dominante — Elemento mestizo en el que predomina el negro

SEGUNDA GENERACIÓN (cruzamiento entre dos mestizos). Resultan 3 negros por 1 blanco. De los 3 negros, uno es puro y dos son mestizos:



EJEMPLO OBSERVADO EN LAS PLANTAS

Guisantes altos se cruzan con guisantes enanos; sus semillas se siembran; las plantas resultantes pertenecen todas a la variedad alta, que aparentemente ha absorbido a la enana. Sin embargo esta variedad alta o dominante contiene en estado latente la variedad enana o recesiva. Si esta generación de semillas altas se siembra y las flores de las plantas resultantes se autofecundan, sus semillas darán tres plantas altas por cada una de la variedad enana. De las 3 altas, una es pura y dos son mixtas.

OTRO EJEMPLO

De matrimonios entre mujeres de ojos negros y hombres de ojos azules, resultarán descendientes mestizos de ojos negros (por ser dominante el color negro) aunque de un color no tan puro como el de las madres, puesto que existe siempre en ellos el color azul oculto de los ojos de los padres. En la segunda generación de mestizos resultará un individuo de ojos azules por cada 3 de ojos negros.

No sólo los caracteres físicos pueden perpetuarse en las familias al través de muchas generaciones conforme a esas leyes, sino también, hasta cierto punto, los mentales y morales.

La ley de la herencia explica el por qué existen a veces grandes semejanzas entre los abuelos, padres e hijos. No hay exageración alguna al afirmar que somos la resultante de las particularidades que distinguen a nuestros progenitores. De ellos recibimos, por herencia y de acuerdo con el mendelismo, todos los *caracteres físicos* de su propio organismo, como son el color, la estatura, el timbre de la voz, la manera de andar, los defectos orgánicos como los lunares, el bocio, la calvicie, el tartamudeo. etc. De ellos podemos recibir también *características mentales*, como son la memoria, la habilidad artística o literaria, la elocuencia, las enfermedades cerebrales como la epilepsia, la insanidad, la idiotez, etc. La capacidad mental es cualidad dominante, la incapacidad mental es cualidad recesiva.

Los hijos de matrimonios entre personas inteligentes y personas de capacidad mental deficiente, serán aparentemente normales; sin embargo, en la segunda generación podrá resultar un idiota por cada tres individuos normales. Desgraciadamente no todas las anormalidades son recesivas. La Corea o Baile de San Vito es una enfermedad de carácter dominante, por consiguiente los coreicos no deberían contraer matrimonio ni aun con individuos sanos. Entre los *caracteres de orden moral* que pueden perpetuarse por herencia, merecen citarse la piedad, la independencia, la jovialidad, la hospitalidad, la generosidad, la perseverancia, la temperancia, el orden, la avaricia, la criminalidad, la mentira, la superstición, la vanidad, la crueldad, etcétera.

Las estadísticas demuestran que las tendencias al vicio o al crimen pueden perpetuarse en las familias al través de muchas generaciones.

El agente más poderoso para el mejoramiento de los seres vivos es la *selección* de los mejores reproductores para la propagación de la especie.

La naturaleza opera una *selección natural*, eliminando de la reproducción a los seres mal dotados y conservando a los más aptos y fuertes. Esa selección se efectúa de una manera muy lenta y produce la *evolución* de las plantas y animales haciéndolos variar de forma, aspecto, aptitudes y cualidades para que se adapten al medio ambiente. Los seres mejor adaptados sobreviven solamente, en detrimento de los menos bien dotados que perecen. Esta es la *ley de la supervivencia del más fuerte*, en virtud de la cual tiene lugar la evolución de las plantas y los brutos (1).

La evolución de las especies por *selección artificial*, dirigida por el hombre, produce efectos rapidísimos y está dando magníficos resultados en la agricultura y en el mejoramiento de las razas caballares, vacunas, bovinas, etc. Del Eugenismo aplicado a la especie humana se esperan los mismos buenos resultados.

La Eugenesia no trata únicamente del perfeccionamento físico del individuo, ni aconseja la destrucción de los seres defectuosos practicada por los espartanos, ni propone ningún medio violento e inhumano para producir razas perfectas, ni exige tampoco matrimonios forzosos por la ley, como lo practican algunas tribus salvajes (endogamia). La Eugenesia se propone analizar los caracteres físicos, mentales, morales y patológicos del individuo y los de sus progenitores y presentar las cualidades dominantes buenas o malas y las recesivas o menos fáciles de perpetuarse, para que sirvan de guía a las personas ilustradas que en lo sucesivo quieran efectuar uniones más de acuerdo con la razón y la ciencia (1).

Al formar un hogar, muy pocos estudian debidamente esta importante cuestión. En las uniones entre seres racionales preside casi siempre el amor ciego, algunas veces el capricho, el interés y aun la sensualidad y el vicio; muy raras veces presiden la razón y el deber. Se confía demasiado en la *educación* como agente de perfeccionamiento de la especie. La educación no hace otra cosa que facilitar los medios de utilizar las facultades adquiridas.

(1) La evolución es la resultante de cuatro grandes fuerzas: *variación, adaptación, selección y herencia*. En primer lugar, todo individuo «varía» con respecto a sus antepasados. En segundo lugar, si esta variación no se «adapta» al medio, la naturaleza suprime al individuo. En tercer lugar, si la variación está en armonía con el medio, la naturaleza «selecciona» a los sobrevivientes. Y en cuarto lugar, el individuo procrea y transmite a sus descendientes por medio de la «herencia» las cualidades que le valieron la supervivencia. *(Reproducción* número 87. Tomo V).

(1) «La Eugenesia es el método ordenado por Dios para asegurar mejores padres a nuestros niños, con el objeto de que nazcan con mejores cualidades mentales, morales y físicas para afrontar la lucha de la vida. La Eugenesia no significa otra cosa sino hacer que la evolución se produzca de manera consciente e inteligente. La Eugenesia significa el perfeccionamiento del hombre como ser orgánico. Significa que el mejoramiento de las *capacidades innatas* del hombre para la felicidad, la salud, el sano criterio y el éxito debe constituir el propósito vital del Estado». *(Reproducción* núm. 87. Tomo V).

«El músico nace, pero no se hace» es un dicho popular que manifiesta la poca o ninguna influencia que tiene la educación para el desarrollo de nuestras capacidades. El hombre vicioso o malo se mostrará casi siempre tal como es, obedecerá a sus impulsos y a sus caracteres sea cual fuere el esfuerzo que despliegue su esposa para corregirlo. ¡Cuántas mujeres virtuosas y tiernas han visto con dolor reflejarse en sus inocentes hijos los vicios irremediables de sus padres!

Si aspiramos a constituir una familia sana, robusta, fuerte, elevada de espíritu y de buen fondo moral, debemos prestar a esta cuestión eugenésica la atención que ella merece. Hay que estudiar los caracteres, las virtudes, los defectos o los vicios de las familias con quienes tratamos de unirnos, y escoger si fuere posible los caracteres más nobles y los más contrarios a nuestras debilidades peculiares. Los individuos que traen herencia alcohólica buscarán familias cuya historia genealógica se distinga por la temperancia; los débiles buscarán elementos robustos y fuertes; los de mentalidad deficiente escogerán elementos de elevada potencia intelectual; las personas de carácter iracundo necesitan unirse a las de carácter y modales benignos. Las personas imposibilitadas, los imbéciles, los enfermos, los viciosos, los que tienen alguna tara capaz de afectar a los hijos deberían *voluntariamente renunciar al matrimonio*. En cambio, es preciso *estimular a reproducirse* a los fuertes, los sanos, los buenos y los espíritus superiores.

Son incapacitadas para el matrimonio todas las personas atacadas de enfermedades infecciosas directamente transmisibles o que de algún modo disminuyan la resistencia vital; tales serían los leprosos, tuberculosos, epilépticos, sifilíticos, anquilostomiáticos, locos, idiotas; los atacados de alcoholismo crónico; los criminales y los que puedan perpetuar sus defectos físicos como los sordo-mudos, los cretinos, etcétera. Tan inhumano es causar directamente sufrimientos a cualquiera de nuestros semejantes como procrear, a sabiendas, seres destinados a sufrir las consecuencias de las enfermedades o de los vicios nuestros.

La sífilis y el alcoholismo se transmiten por herencia indefinida y son causa de la degeneración de la especie. No son pocas las víctimas con que aumentan esas dos enfermedades nuestra mortalidad infantil; las estadísticas acusan un número crecido de niños nacidos muertos, niños nacidos prematuramente, niños deformes y mal nutridos. Por consiguiente, *combatir la sífilis y el alcoholismo es disminuir* en mucho la mortalidad infantil y mejorar en parte nuestra raza.

Ningún sifilítico debiera contraer matrimonio antes de haber sido metódicamente tratado y evidentemente curado.

LA ANQUILOSTOMIASIS (véase Capítulo XV) *es otra causa directa de la mortalidad infantil*. Los padres débiles y anémicos por la acción funesta del parásito productor de la enfermedad, darán a la vida hijos enfermos a quienes espera una muerte prematura.

Debería obstaculizarse el matrimonio entre personas demasiado jóvenes o demasiado viejas y los *matrimonios consanguíneos*.

Las estadísticas comprueban que los matrimonios consanguíneos producen un mayor contingente de imbéciles y sordo-mudos. En nuestra especie la vitalidad disminuye por tales uniones, como disminuye por la misma causa en los animales y las plantas. Una de las causas de la mortalidad de los pollos es la consanguinidad de los reproductores. En los cerdos, el poder de reproducirse se extingue por varias uniones consanguíneas. En el reino vegetal es un hecho bien comprobado que las semillas dan individuos más vigorosos sin son producidos por fecundación distante, que si hubo autofecundación. Por este motivo la Naturaleza ha dispuesto, por los más variados medios (viento, insectos, etc), que la fecundación sea siempre distante. Entre los seres racionales, cuánto más diferente sea la sangre de los consortes, más bien dotada y fuerte será su progenie, con tal de evitar al propio tiempo el *hibridismo*, o sea la unión de razas muy diversas.

Un conocimiento profundo de los problemas relacionados con la Eugenesia tendrá necesariamente que modificar los sistemas de educación adoptados hasta ahora, por los padres y maestros, con nuestros niños. Cualquier empeño en corregir violentamente lo que llamamos un mal hábito, si éste es atribuible a la herencia, resultará infructuoso. El castigo, la exclusión de la casa paterna y tantas otras medidas violentas aplicadas a un pobre hijo alcohólico que no tiene la culpa de haber heredado de sus antecesores el hábito de la bebida, no hacen otra cosa que empeorar su mísera condición. En estos casos más provecho se obtiene, tratando de despertar la naturaleza superior de los niños, por medio de un buen ambiente, el buen ejemplo y el cariño. No debemos olvidar que muchas de las tendencias viciosas de nuestros niños, deben ser consideradas como enfermedades hereditarias, de las que somos nosotros más o menos responsables, y que a tales niños, no hay que castigarlos sino curarlos, hasta donde ello sea posible.

La cuna

¡Ya encendimos la antorcha!

Hoy, ya junto a la cuna, la voz me tiembla
[toda
y me nace el escrúpulo de estar violando un
[rito...
Me acuerdo, sin quererlo, de esa noche de
[boda,
de un cielo azul de luna y de un beso infinito.

Estábamos unidos, bajo el espacio eterno,
como hoy, pero una dulce ternura nos faltaba:
el amor de ser padre que hace al hombre
[más tierno
y a la esposa la vuelve leal como una esclava!

El cielo, como ahora, se abría inmensamente
pero estaba, esa noche, tan cubierto de
[estrellas!
No tenía este grave temblor amaneciente,
como de mar lejano o de palabras bellas...

¿Te acuerdas? El perfume de la sombra
[sonora
nos envolvía entonces como hoy, y sin
[embargo
no sé qué nos faltaba... Quizá el sabor amargo
y dulce de las lágrimas que hacen bueno al
[que llora...

Las cosas nos rodeaban con un ardor malsano
y el porvenir estaba como lleno de errores...
¡Ibamos a querernos!... Pero estaba tu mano
tan cerca de la rama, que secaba las flores...

Hoy, ya junto a la cuna, nos une un ansia
[quieta;
pensamos: ¿si ha de sernos cruel el que
[esperamos?
Y tú: «¡Que sea bueno! ¡Lo he soñado
[poeta!»
Y yo: «¡Que sea bella! ¡Yo la he visto entre
[ramos!»

¡Qué importa lo que fuimos y lo que fué esa
[llama
de amor y aquella noche que agitamos al
[viento!
¿Lo ves? Junto a la cuna ya no sé si te ama
mi corazón henchido de tu presentimiento.

Lo que amamos ahora, es, en un ser diverso,
el mismo afán eterno de continuar la vida...
¡Ya encendimos la antorcha, la antorcha
[inextinguida!
¡Y ahora, que crepite, con sus llamas, el
[verso!

JAIME TORRES BODET
(Mexicano)

(Del próximo tomo *La Casa*)

Contestación de nuestro poeta Rafael Cardona a la encuesta del "Repertorio Americano"

RESPONDIENDO a la encuesta formulada en el REPERTORIO AMERICANO por un distinguido pensador costarricense sobre educación y racialismo, es mi criterio desarrollar en la siguiente forma las respuestas consiguientes:

Primera pregunta: «Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?»

En efecto, siendo las perspectivas de la Educación hispanoamericana la intensificación de los valores del temperamento popular, ninguna obra estable podría llevarse a cabo sin fortalecer el carácter fundamental de la raza que la defina en el futuro como un organismo inconfundible. La escuela de hoy ha filtrado ya las tesis educativas desenvueltas en la segunda mitad del siglo pasado, y de esa filtración se ha obtenido un prisma de coloración definitiva. Educar es desenvolver potencias latentes, revelar fuerzas ingénitas, hacer positivas y actuales las características de una raza, hasta que el genio subyacente se despliegue con acento particular distintivo. Nuestra América tiene—sobre el indefinido sentimiento de identidad—un problema futuro que por sí solo ha de establecer en breve las razones de ese sentimiento, pues las necesidades de conservación espiritual y material bastarían por sí solas para explicar la necesidad de una educación unificadora.

Segunda pregunta: Esta tesis depende de la primera. Una vez obtenida la unificación educativa, las leyes constitutivas de estos pueblos tendrían que regularse y armonizarse, pues a idénticas tendencias y genio corresponde igualdad de legislación. La escuela prepara siempre la filosofía de Las leyes; y es ella la que coadyuva a la interpretación y modificación de las mismas, merced al trabajo de selección con que establece los primeros cánones. El carácter de un pueblo, como el de un hombre, es siempre el gran modificador de las constituciones, y los laconios no pudieron conocer la liberalidad de las leyes atenienses precisamente porque no estaba en su temperamento la aplicación por semejanza. Una vez unificados los planes de enseñanza y una vez madurados los primeros frutos, las leyes vendrían en auxilio de las necesidades, socorriendo la unidad creada por la identidad de la educación.

A la tercera pregunta: La semilla de los ideales debe ser siempre un principio que por sus propios valores determine las categorías inferiores. La orientación de los intereses económicos es insubsistente mientras no se comience por unificar el espíritu de acción, informado en idénticas aspiraciones; la diplomacia no será un medio eficaz mientras sea una serie de intentos aislados para sostener una tesis parcial de la comunidad hispanoamericana. No cabe orientación, pues, general, mientras no exista un plan general creado por la identidad constitucional, aunque se trate de tan anhelada realización.

A la cuarta pregunta: Para estrechar nuestras relaciones económicas sólo cabría, por el momento, *una teoría*, por lo menos mientras no se intensifique el sentimiento de raza creado por la escuela. Habría que realizar el prodigio de detener el avance de nuestras exigencias sociales impidiendo al fasto realizar su capricho de introducir el artículo de lujo para dedicar preferente atención a la creación de las industrias hispanoamericanas; estas se abrirían paso mediante un intercambio dificultoso al principio, pero que lentamente traería la creación de medios de comunicación efectivos. Nuestro deseo de *tenerlo todo cuanto antes* nos impide fabricar infinitud de artefactos que nos llegan del extranjero elaborados. Estimo que si estuviésemos más aislados, quizá nos bastaríamos para llenar las exigencias materiales y que a estas horas Hispanoamérica daría abasto a casi todas sus necesidades. Pero ¿el remedio?... Lo de siempre: un principio, uno sólo, tan determinante y preciso que él bastara a realizar esta utopía... pero ese principio está en la educación... siempre la educación...

A la quinta pregunta: Nada intensifica tanto el sentimiento de nacionalización intelectual como la meditación y los comentarios de la historia propia y el propio lenguaje. Presentar los tipos que resumen en sí la aspiración libertadora en todos los campos, erigirlos en estrella polar de toda nave de acción y de ensueño, repartirlos, multiplicarlos y vivirlos, hacer de su memoria el germen de nuestra vida... es nacionalizar en un sólo amor y en una sola esperanza el disgregado destino de los países hispanoamericanos. Ciencia americana, poesía americana, comercio americano, alma americana, en fin. No hay nuevos principios: hay principios eternos, y se realizan sólo cuando nos plegamos a su invariable inmutabilidad.

A la sexta pregunta: Esta pregunta queda implícitamente resuelta: aplicar las fórmulas anteriores sería controlar satisfactoriamente el espíritu *penetrante* de los Estados Unidos, y crearía una verdadera amistad de potencia a potencia, pues sólo en la igualdad de fuerzas morales y físicas aprenden las naciones a estimarse sin codiciarse.

RAFAEL CARDONA

San José de Costa Rica, 24 de Junio de 1923.

CUESTIONARIO:

1ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?

2ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?

3ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?

4ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?

5ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?

6ª Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual, ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de *E. J. Varona*, Habana; *R. Brenes Mesén*, Syracuse, New York; *L. Lugones*, Buenos Aires; *B. Sanín Cano*, París; *N. Pacheco*, París; *Elena Torres*, México; *E. Landázuri*, México; *A. Sux*, París; *Fed. García Godoy*, La Vega, Rep. Dominicana; *J. Santos Chocano*, San José de Costa Rica; *Francisco Contreras*, París; *Juan J. Carazo*, San José de Costa Rica; *José Vasconcelos*, México, D. F., *Manuel Cestero*, México D. F.

Sol fuerte

Desprende una tristeza aherrojante y extraña
ese lento desfile de entoldadas carretas,
por el ocre camino que cruza la campaña
plana, árida y seca.

Ni un árbol, ni una loma, ni la mancha [sombría
de un monte, en derredor.
Las carquejas se enroscan bajo el fuego del [día
implacable, de Enero.

¡Parece que el planeta estuviera vacío
y que van a una cita misteriosa y suprema,
esas lentas carretas que cruzan el camino
bajo este sol que quema!

JUANA DE IBARBOUROU

(*Raíz Salvaje*, Montevideo, 1922).

Una interesante comunicación

[Ahora tengo el honor de enviar a Ud. copia de la comunicación que obedeciendo instrucciones de los miembros del Club he dirigido a los excelentísimos señores delegados de su excelencia el Presidente de los Estados Unidos de Norte América que actualmente trabajan en México para reanudar las relaciones diplomáticas entre su gobierno y el de este país.

Ruégole dar a esta comunicación la más amplia publicidad.—ROGERIO DE LA SELVA.—Al Director del «Repertorio Americano»].

CLUB CENTROAMERICANO EN MEXICO

5ª Calle del Naranjo 127

México, D. F., 21 de mayo de 1923.

Excelentísimos señores Delegados de Su Excelencia el Presidente de los Estados Unidos de Norte América:

El suscrito Secretario General del «Club Centroamericano en México» (agrupación constituida por centroamericanos jóvenes que trabajan o estudian en esta capital y cuyas declaraciones constitutivas han sido suscritas por centenares de jóvenes centroamericanos en diversos países, tiene el honor de dirigirse a Uds., acatando la voluntad unánime de los miembros del Club, para manifestar a Uds. de la manera más respetuosa:

«1º—Que la juventud centroamericana estima que la misión que Uds. traen es de interés no sólo para los mexicanos, sino para todos los latinoamericanos, ya que existe entre nuestros pueblos una cordial solidaridad fija y firme y una seguridad arraigada en nuestras conciencias de que la suerte de cualquiera de nuestras nacionalidades afecta hondamente a la suerte de todas las demás. Especialmente entre México y Centroamérica esa solidaridad es vivísima, y por tanto el interés que por la misión que Uds. traen siente la juventud centroamericana, es tan grande como el de los dos grandes pueblos directamente interesados.

»2º—Que la juventud centroamericana se une al noble pueblo mexicano, de cuyas buenas intenciones Uds. han tenido ya hermosas pruebas, para esperar de la labor de Uds. y de los delegados mexicanos, una solución digna y definitiva de las diferencias y dificultades que, desgraciadamente para las buenas relaciones interamericanas, han existido en los últimos años entre los gobiernos de los Estados Unidos y de México.

»3º—Que la juventud centroamericana abriga las más halagadoras esperanzas de que la reanudación de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y México será el primer paso de una nueva política norteamericana para con los pueblos de la América latina, a base de un respeto incondicional de las voluntades populares y de una buena intención a prueba de toda maquinación de políticos, banqueros, petroleros y periodistas poco escrupulosos; y

»4º—Que acepten los señores Delegados del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, los más sinceros votos que hace la juventud centroamericana por el buen éxito de su misión, y las pruebas de la más honda simpatía por las declaraciones que en elogio del pueblo mexicano han hecho con frecuencia los señores Delegados a la prensa de esta capital.»

De mi parte, dígnense Uds. aceptar el testimonio de mi más alta consideración.

(*f.*) ROGERIO DE LA SELVA
Secretario General
del Club Centroamericano en México.

Centro América intervenida

(Concluye. Véase el número anterior).

III

Centro América es un país de explotación, productor fecundo de millones, que recaudan los *trusts* norteamericanos. Durante la guerra europea hubo año en que los rendimientos logrados por las compañías fruteras ascendieron a noventa millones de dólares, cantidad superior con mucho a la totalidad de los presupuestos de las cinco repúblicas. Ese dinero cruzó los mares y fué a engrosar las fortunas de algunos capitalistas norteamericanos. Sólo muy pequeñas sumas quedaron en Centro América en forma de contribuciones, etc. En tiempos normales las ganancias de los *trust* llegan a setenta millones.

Además de todo esto, que interesa a respetables firmas norteamericanas, los Estados Unidos necesitan el dominio más completo en todo el Itsmo y las mayores garantías de que sus fáciles conquistas diplomáticas no sufrirán riesgo alguno, y su objetivo es el canal. Después del Tratado Chamorro-Bryan, que es hasta ahora un convenio no llevado a la práctica por la molesta oposición de Costa Rica, El Salvador y Honduras, se imponía la destrucción de los derechos alegados. Nada más importante y decisivo en estas luchas que el factor tiempo. Los Estados Unidos han sabido esperar más de seis años desde el día en que la Corte de Justicia Centroamericana declaró la ilegalidad de aquel Tratado, y han vuelto a la contienda con mejores armas y principalmente sin la preocupación de la Corte de Justicia. Ahora la Corte se llamará Tribunal Internacional y en él tendrán participación cinco jurisconsultos norteamericanos. Ya no habrá para emitir un fallo como el de 1917, un organismo libre. El canal de Nicaragua, las estaciones navales del Golfo de Fonseca, las zonas de acampamientos militares, las líneas ferroviarias propias, el comercio propio, todo, todo cuanto quieran estará debidamente garantizado, según su capricho o conveniencia. Continurán los empréstitos encadenando a las cinco repúblicas, y será preciso que los banqueros cobren. Vendrá la ocupación de las aduanas, como ha venido ya la fiscalización de los ingresos aduaneros en algunas repúblicas, entre ellas El Salvador desde junio de 1922. Y de una manera gradual, sin extraordinarias conmociones, una parte muy grande de la América, de enorme importancia estratégica y política, figurará entre las dependencias de los Estados Unidos. La República mexicana se quedará aislada y sometida a los procedimientos de la diplomacia del Norte, implacable y poderosa. Su lucha será más ruda y más terrible, y sus probabilidades de victoria disminuirán.

IV

Sólo queda una esperanza a los que anhelamos que no se efectúe la definitiva intervención norteamericana consentida por los tratados y convenciones de la Conferencia de Washington. Además del seguro resultado de una gestión de las repúblicas del Sur. Esa esperanza está en los respectivos Congresos de las cinco naciones del Istmo, en el admirable poder legislativo de Costa Rica, que supo rechazar un empréstito traicionero y que según noticias se prepara a combatir y ha empezado ya la campaña; en los ilustrados legisladores de El Salvador, en los de Guatemala, en los de Honduras y hasta en los de Nicaragua. No es posible pensar que estos últimos sean capaces de contribuir a la entrega de su patria en condiciones tan desastrosas. Porque no se trata de problemas de política poblana o de adhesión a

un gobernante, sino del porvenir nacional, de la dignidad pública, de la soberanía, conceptos superiores siempre a todas las conveniencias de los hombres.

Acerca de Costa Rica se puede adelantar la opinión de que tanto el Tratado General de Paz y Amistad, como la Convención para el establecimiento de un Tribunal Internacional Centroamericano—en el que tengan participación abogados de los Estados Unidos,—como las Comisiones Internacionales de Investigación y el Convenio para la cesión de los derechos costarricenses en el canal, han de encontrar en el Congreso una mayoría dispuesta a la más escrupulosa depuración. Saben los congresistas de San José que mientras no cambien los procedimientos de la Cancillería del Norte, los demás americanos ejercitamos un derecho, obligados por el instinto de conservación, al mirar como acto sospechoso cualquier movimiento de ingerencia norteamericana en nuestros asuntos, aunque venga cubierto con la máscara de la cooperación. Y como rechazaron el empréstito que mermaba su soberanía, esos legisladores sabrán oponer su repulsa a los cuatro documentos que anulan y destruyen la independencia de Centro América. Mientras las potencias del Sur no asuman su papel defensor de la América, debemos atrincherarnos en nuestra dignidad, a pesar de nuestra pequeñez y de nuestros ínfimos recursos.

Los demás Congresos tendrán que seguir la orientación del costarricense. En estos momentos la salvación de Centro América está en la negativa, porque algo anuncia ya que muy pronto será efectiva la influencia del Sur en las cuestiones americanas. Y es necesario tener para entonces la soberanía libre de hipotecas, para ser dignos de la igualdad y del afecto de las hermanas mayores.

V

Esa situación se fijó hace poco a la vista de la América atónita y desorientada, en vísperas de la Conferencia Panamericana, y no ha habido una sola gestión oficial en relación con el nuevo estado de cosas de Centro América. Ningún representante de las naciones de la América ha propuesto en la reunión de Chile el estudio de la Conferencia de Washington. Era este el momento oportuno para demostrar que los demás pueblos quieren que la igualdad internacional proclamada en congresos y en círculos diplomáticos sea efectiva, completa y no sufra limitaciones por parte de los más poderosos.

No basta proponer, como lo ha hecho el Delegado de Costa Rica, la admisión de representantes de gobiernos no reconocidos por los Estados Unidos; ni es tampoco suficiente la creación de una Corte Internacional Americana para resolver los problemas continentales. Hace falta organizar la Liga recomendada por el Uruguay, con poderes más que deliberativos y con influencia extra sentimental. Las naciones ya consolidadas, la Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, deben tomarse también atribuciones, interesarse por la estabilidad de los restantes pueblos hermanos.

La diplomacia en las relaciones de nuestras repúblicas no puede estar limitada a un papel amistoso y de presencia, a una visita cortés e indiferente que permanece bien instalada en un país y se retira sin otras consecuencias que un grato recuerdo social, sin dejar un solo surco en el campo de todos, sin poner un solo esfuerzo para edificar la unión. Los diplomáticos americanos descendientes de un mismo tronco son como delegados en los distintos hogares de una misma familia, factores del progreso común, del progreso económico, y sobre todo del progreso espiritual y moral. La concepción europea de la diplomacia tiene explicación en Europa, por la diversidad de orígenes, de idiomas e intereses en un escaso territorio. América debe tener otro concepto de la diplomacia, un concepto propio, aplicable a su peculiar manera de ser, a su realidad. En ella hay pueblos iguales situados en inmensas llanuras, junto a enormes montañas, a la orilla de dos océanos. Desde México al Cabo de Hornos se disfrutan todos los climas. Se produce en sus territorios granos, pieles, telas, todo lo que necesita el hombre.

Es la América un mundo compuesto por una sola familia de la humanidad, unida por la historia, por el idioma y por el afecto. Sus diplomáticos en los pueblos de ella no pueden ser fríos personajes, ceremoniosos y discretos, que estimen cumplido su deber asistiendo a las recepciones oficiales, a funciones de gala y a ciertos actos públicos. Los Gobiernos pueden utilizar sus representantes diplomáticos para ejercer una política preventiva desde el Sur, como se ejerce desde el Norte. La advertencia cortés, cariñosa, el ofrecimiento de cooperación, siempre serán bien acogidos por los países pequeños y débiles. Como no serán desdeñadas las indicaciones serenas sobre revoluciones, dictaduras, estados de anarquía, y cuantos conflictos surjan entre pueblos. Esas orientaciones serán pruebas sinceras y leales de confraternidad, y las naciones grandes de la América deben darlas con toda la frecuencia que sea necesaria. Con ellas se evitarían los inminentes repartos, y se mantendría la integridad moral y material de la América para la futura e imprescindible unión. Se obtendría un principio de respeto que nos obligaría a elevarnos cada vez más para merecer así la buena situación internacional que vayamos adquiriendo.

La intervención norteamericana en Centro América es un hecho consumado, es ya una inevitable realidad. La intervención del Sur podría ser un contrapeso, por la lealtad, el cariño y el buen fin americano que la inspiraría. Las naciones del Sur serían más respetuosas con la independencia y el decoro de las repúblicas centroamericanas y de estas amenazadas repúblicas del Caribe. Y acaso esa política, seguida con exquisito cuidado y con la patriótica resolución de cumplir un deber, pondría a la América en situación de unirse en pocos años con los lazos de una suave y leal confederación.

ENRIQUE GAY-CALBÓ.

La Habana, 20 de abril, 1923.

Trabajo leído en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, el 25 de abril de 1923.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

La arboleda inmóvil (1)

Para ROGELIO SOTELA, en Costa Rica.

Es un blok de pinos. Aunque dance el viento
más loco y borracho de este mes de julio,
parece que nunca sus copas se agitan.
Se diría de hierro bajo el plenilunio.

Ha de tener nidos y ha de tener cantos
mas está hechizada la arboleda ésta.
¡Qué ansiedad punzante me oprime las sienes
mirándola siempre tan quieta, tan quieta!

Su clamor es mudo como el de una estatua.
Yo siento en mis sueños su opaco alarido.
¡Oh pampero; trénzate a todos los vientos,
sacúdela y dále la inquietud y el ruído!

En la noche pura, fantástica, clara,
¿qué oscuro atavismo me enlaza a su angustia?
Yo sé que fué alegre y alocada y niña,
yo sé que en sus ramas se hamacó la lluvia.

Cuando llegue el alba lejana y helada
y el cansancio cierre mis ojos insomnes,
la arboleda inmóvil alzará en mi sueño
su inmenso alarido que ignoran los hombres.

JUANA DE IBARBOUROU

(1) La genial poetisa nos envía desde Santa Clara de Olimar, Rep. del Uruguay, donde actualmente reside, esta bella composición inédita.

INTERMEDIO ARTISTICO

De cómo concebí y realicé una novedosa conferencia musical sin músicos ni actores

Such is the sociableness of music, it conforms itself to all companies, both in mirth and mourning; complying to improve that passion with which it finds the auditors most affected.

FULLER.

A la distinguida y genial artista Doña LUISA DE SANTIGOSA.

HABÍA que llenar un número del programa de una Velada que yo mismo trataba de organizar, porque mis colaboradores no daban más de sí. Había, pues, que hacer el número y no había más artistas ni más actores. Al público se le había prometido una buena Velada, contaba de antemano con un buen espectáculo y había que hacerlo bueno, no había más remedio. ¿Dónde conseguir músicos, dónde actores? Después de mucho cavilar, «Yo los tengo—me dije—. Me acordé de mi fonógrafo. Concebí la idea de hacer una Conferencia sobre tan prodigioso invento, desde el descubrimiento inicial de la impresión de los sonidos por Edison en 1877 y todas las innovaciones y transformaciones que ha venido *sufriendo* desde aquella época, hasta el prodigioso fonógrafo moderno, capaz de reproducir a perfección las más tenues y sutiles modulaciones; recordé los prodigiosos discos Rojos de mi repertorio con los incomparables ejecutantes *Paderewski*, *Samaroff*, *Rachmaninoff*, *Heifetz*, *Cortot* y otros; recordé las interminables horas en que me había refocilado en las bellezas de aquéllos, y sin preocuparme de establecer comparación entre mi criterio artístico y el del público que habría de presenciar la Velada, decidí hacer personalmente un número titulado *Las Maravillas del Fonógrafo*. El solo título de mi número llamó a gran curiosidad al público que se hacía lenguas comentando el programa. Nadie acertaba a deducir en qué podía consistir el tal número, y a los que recababan informes sobre el número que me correspondía, los emplazaba para la noche de la representación que estuvo, por cierto, muy concurrida.

Cuando me correspondió el número del programa, apareció en la escena una Victrola de Gabinete, al ser levantado el telón. Pocos momentos después hice mi salida, saludé al público y comencé la Conferencia. Antes de concretarme a la reseña del prodigioso invento de Edison, hice un ligero esbozo *físico* sobre los distintos aspectos ondulatorios de las ondas sonoras; hablé de la posibilidad de reproducir fotográficamente la trayectoria de las ondas tonales; del efecto de las ondas atmosféricas latentes sobre los sonidos emitidos, ya provengan éstos de instrumentos musicales o de vocalización humana, e hice una ligera enunciación de los aspectos físicos del tema que iba a abordar para hacer más inteligible el maravilloso arte de la *fonografía*. Recordé y expuse las condiciones en que fué descubierta la posibilidad de reproducir los sonidos en una laminilla metálica, los motivos que indujeron a Edison a cambiar el sistema de laminillas ranuradas por los cilindros de cera endurecida, pasando por fin al invento de Johnston del moderno disco plano. Hice un somero resumen de la construcción y condición de los reproductores modernos, de su composición y detalles y de las mejoras que se le habían introducido para llevarlo al grado de perfección que ha alcanzado hasta el día. Hablé de las transformaciones estéticas y artísticas de los muebles mismos, que no habiendo pasado de ser unas simples *máquinas parlantes* sin encanto ni atractivo, han llegado a ser presentados en muebles de variadas y elegantes formas provistos de una mecánica perfecta, movidos por electricidad. Concluida la parte físico-instructiva de mi Conferencia, abordé la parte artística, que consistió en el desarrollo del programa musical constituido por dos discos de *Paderewski*, uno de *Cortot*, uno de *Samaroff* y uno de *Rachmaninoff*, de los compositores *Chopin*, *Weber*, *Liszt* y *Rachmaninoff*.

Hable de la magnífica impresión que haría en el público la música incomparable que iba a escuchar; les indiqué la posibilidad de percibir por intuición las condiciones psicológicas de los artistas en los momentos de la ejecución y les rogué observaran con el mayor cuidado todas las fases de la interpretación, prometiéndoles llamarles la atención con la mano derecha cuando hubieran períodos musicales o aspectos de interpretación dignos de ser observados minuciosamente y que fueran ejecutados en notas altas o agudas que eran las que correspondían, en términos generales, a la mano derecha, y con la izquierda cuando se tratara de notas graves o bajas, pues se trataba de discos de piano.

Antes de correr el primer disco, que era el *Nocturno en Mi Bemol* de Chopin, hice una ligera reseña biográfica del compositor, dando los detalles de su vida y obra que pudieran ser de más interés; les hablé de las bellezas incomparables del Nocturno y pasé a la reseña biográfica y apreciaciones sobre la ejecución e interpretación de *Olga Samaroff*, la ejecutante del disco que iba a correrse. Llamé la atención especialmente a las extraordinarias modulaciones que lograba arrancar del piano esa mujer prodigiosa con un juego de pedales que sólo ella podría explicar. Hice un ligero análisis crítico de los principales pasajes de la interpretación y la variedad de efectos artísticos que lograba arrancar al piano con su digitación prodigiosa, y preparado mi auditorio para la audición, corrí el primer disco ante la religiosa expectación del auditorio. Noté que gran parte del público *hacía cornetas* con las manos para no perder un solo detalle de la audición, y al concluir el disco prorrumpió en un prolongado y entusiasta aplauso.

Luego tocó el turno a la bellísima *Polonesa Militar* de Chopin y como ya tenía hecha la reseña biográfica del autor, me reduje a hacer la de *Paderewski*, que era el ejecutante del disco. Hablé, pues, de ese mago del teclado con el entusiasmo que producen sus pintorescas y policromas interpretaciones, corriendo después el disco que fué premiado con otra salva de aplausos. Y así con la *Invitación al Vals* de *Weber* ejecutado por *Cortot*, con la *Campanella* de Paganinini-Liszt ejecutada por Paderewski, y con el bellísimo *Preludio* en *Do Sostenido Menor* compuesto y ejecutado por ese otro coloso del piano, Rachmaninoff, que fueron aplaudidas entusiasta y efusivamente por todo el público, como si aplaudieran personalmente a los ejecutantes.

Concluida la audición, me dirigí al público para hacerle ver que como era incalculable la suma que hubiéramos tenido que invertir los allí presentes para presenciar una audición por aquellos eminentes virtuosos del piano, y que por unos cuantos centavos habían podido gozar de una audición de la calidad de aquella, de ahí que les hubiera prometido aquella Conferencia-Audición titulada: *Las Maravillas del Fonógrafo*.

Y el público aplaudió esa vez entusiasta y afectuosamente, en tanto bajaban lentamente el telón....

J. C. SOTILLO PICORNELL

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Noticiario

(1923)

Véase el mensaje y proyecto de ley del Presidente de la República Oriental del Uruguay a las Honorables Cámaras, proponiendo que se llame «Salón de América» al Salón de Honor del Palacio Legislativo en construcción:

PODER EJECUTIVO
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Montevideo, 6 de febrero de 1923.

Honorable Asamblea General:

Hace algunos años, en ocasión de un homenaje que la Municipalidad de Montevideo tributó a la memoria de José Martí, mártir de la libertad de Cuba, tuve el honor de afirmar que «todas las patrias de América son una sola, inmensa y grata, para estas altas cumbres de su epopeya inmortal, y es justo decir todavía, que tales glorias de su emancipación son también para todos los pueblos del Continente glorias comunes que en todos despiertan la misma gratitud y el mismo amor. Miro en Bolívar, en San Martín, en O'Higgins y en Sucre, en Miranda y en Martí, en Washington y en Artigas, a fundadores y héroes de una misma patria, porque fueron servidores ilustres de un solo y mismo ideal.

»Felices de nosotros que así podemos amar, sin reticencias menguadas, a los grandes varones americanos, y que estamos libres de las conspiraciones fatídicas de los odios de raza y de secta, de los distingos de castas y de las diferencias fundamentales de régimenes: felices de nosotros que siempre podremos ascender, cuando las imperfecciones de los hombres nos creen situaciones violentas, a esa fuente de inspiración común, que es nuestro amor a los fundadores de América y nuestro culto a la democracia, para descender de allí con las soluciones nobles y rectas que hemos de recoger, sin duda, en aquel alto ambiente de destinos y glorias comunes, de pasión por la justicia y por la libertad. Y las fronteras terrestres y los intereses parciales no podrán ser bastantes para mantenernos en separación moral, porque ellos no podrán resistir en los momentos supremos a ese sentimiento, íntimo y recíproco, de solidaridad, que se anida en el corazón de los pueblos, y al que vivifica nuestra indentificación con la obra única y grandiosa de todos los próceres del Continente.»

Pues bien, Honorable Asamblea: con motivo de la inauguración del monumento que la gratitud nacional ha erigido a Artigas, las manifestaciones transcriptas han tenido plena confirmación, ya que varios países resolvieron asociarse a nuestra fiesta, y entre ellos aún los que lucharon contra Artigas, porque saben que, por encima de los intereses locales que dividieron a los emancipadores, se cierne una misma gloria, derivada de que todos combatieron» por la libertad común.

También España, que comprende que la rebeldía de los que eran sus hijos no estaba inspirada en sentimientos de odio, sino en el honrado afán del que, al llegar a la mayoría de edad, reclama su legítima emancipación, se ha adherido a nuestro regocijo.

Es de alta conveniencia nacional que se afirmen esos sentimientos de solidaridad, y considero que puede ser un medio de contribuir a conseguirlo la sanción del proyecto que tengo el agrado de someter a V. H. y por el cual propongo que en el Palacio que se construye para sede del Poder Legislativo, y que, además de ser un alto exponente de arte y de riqueza, servirá de templo de nuestra democracia, se consagre su salón de honor a la gloria de América.

Como no sería justo que allí estuviera ausente el recuerdo de la Nación que descubrió el Nuevo Mundo, y cuya raza anima la vida de diez y ocho repúblicas, propongo, igualmente, que, en su homenaje, se coloque, entre las estatuas de los próceres colombianos, la de Cristóbal Colón.

Con tal motivo, me es grato saludar a V. H. con mi mayor consideración.

BALTASAR BRUM

JUAN A. BUERO GENERAL S. BUQUET

CARLOS M. SORÍN

Proyecto de ley

El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan:

Artículo 1º. El Salón de Honor del Palacio Legislativo, en construcción, se denominará *Salón de América* y contendrá los bustos de bronce de Colón y de un prócer de cada país americano.

Artículo 2º. A los efectos del cumplimiento de lo dispuesto en el artículo anterior, se autoriza a la Comisión del Palacio Legislativo; a) Si fuese posible, a hacer ejecutar los bustos por artistas de la nacionalidad de cada uno de los próceres; b) A colocar en primer término el busto de Colón y luego los demás por orden alfabético de sus respectivos países; c) A efectuar los gastos que fueren necesarios, dando cuenta instruida.

Artículo 3º. La Presidencia de la Asamblea General pedirá a los Poderes Legislativos de los países americanos el nombre del prócer que deberá representarse en el *Salón de América.*

Artículo 4º. La inauguración del *Salón de América* se efectuará el 25 de Agosto de 1925.

Artículo 5º. Comuníquese, publíquese, etc.

Montevideo, 6 de febrero de 1923.

J. A. BUERO

GENERAL S. BUQUET CARLOS M. SORÍN

(Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo).

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

El orden progresivo y el orden conservador

Ya decía el sagaz Maquiavelo, para enseñanza de príncipes, que cuando los gobernantes se inclinan constantemente a uno de los bandos en que el pueblo se halla dividido, sucede al Estado lo que a una embarcación que lleva toda la carga a uno de sus costados, la cual acaba por zozobrar...

Sobre todo, en nuestro país, los estadistas de alma liberal, lejos de querer ahogar en germen una minoría socialista, deberán procurar siempre que ésta se fortifique y desarrolle. En primer lugar, una firme organización socialista, consciente, responsable, constituye la mejor seguridad de que las luchas proletarias y las conquistas del trabajo se desenvolverán siempre en un terreno de honradez y de humanidad. Esa táctica de los poderes reaccionarios, seguida en secreto demasiadas veces, que consiste en fomentar frente al socialismo ciertos turbulentos extremismos rojos, para dividir y deshacer la fuerza obrera, es una táctica suicida que acaba engendrando un turbio ambiente de corrupción y desesperanza, propicio a los crímenes individuales y a las violencias anarquistas. Por esto el triunfo socialista representa, hasta cierto punto, una garantía de orden, aunque, eso sí, de un orden progresivo, «como el de un ejército en marcha», esencialmente distinto del orden conservador, que suele mantenerse con las represiones ciegas y las suspensiones de los derechos constitucionales.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica